

# EDITORIAL

La necesidad de una labor siempre viva en el escenario teatral, plantea varios puntos de observación; tanto desde la ‘cubierta’, el sitio donde se encuentran quienes despliegan con su oficio la acción dramática; como desde la ‘gavia’, el punto donde se ubican público, gestores y críticos. Desde cada posición es evidente la demanda de ‘permanecer alerta sobre el oleaje’, a fin de maniobrar correctamente para obtener los más preciados beneficios en ese metafórico —y literal— mar en el que navegamos. Y no se trata de una pretensión formal desplegar un ‘telón de fondo marino’ para respaldar este ‘albatros de papel’ que vuela ahora ante nuestros ojos lectores.

No. Lo que sucede es que no tenemos otra opción geográfica o escenográfica. No hay tierra firme: solo la mar, de profundas y oscuras aguas, fuertes y bellas, en las que nos vemos avocados a inventarnos, si explorar queremos, ya una luz, ya una hermosa luna que nos sirva de referencia. Sí. Como aquella luna hechiza que nos hechiza en la célebre película *Y la nave va*, de Federico Fellini; en cuya ‘última escena’, con maestría, nos descubre que toda nave, luna o mar en la que han navegado sus personajes, son fruto de la imaginación y de la técnica: artificios para atizar la ilusión, ese elemento que tanto alimenta nuestra vida.

Esa demanda a la imaginación y a la técnica, habilidades con las que debe contar quien oficia en la escena, hace que nos detengamos en una pesquisa sobre nuevas o reinventadas tecnografías, que emergen para dar cuerpo en dimensiones espacio temporales, a lo que en principio es sólo una idea, una intuición o un boceto en cabeza de quien orienta una elaboración dramática. Más no sólo hablamos aquí de la ejecución de una obra dramática acotada en el breve lapso en que destellan las diabladas.

Nuestra reflexión debe anclarse hoy en un campo más complejo aún, en el que aquellos artificios para la creación se ven potenciados por fenómenos resultantes de lo que podríamos denominar ‘conjunción de

nebulosas'; nos referimos a la agitada dinámica por la que ahora discurren los movimientos artísticos; los nuevos derroteros estéticos; la irrenunciable atracción de las luces de la urbe y de sus habitantes como escenario y sujetos de intervención artística y social; la reconsideración del drama como savia de la cotidianidad; el acercamiento y la necesidad de instaurar un diálogo con disciplinas científicas sociales, entre otras, a fin de enriquecer la mirada y la actitud al momento de actuar, para conjurar cualquier estado de alienación —¡no sólo artística!— que ose contar con nuestra anuencia.

Por eso, por el complejo hecho de que no existen paradigmas, coordenadas fijas para trazar el rumbo, es menester ocuparnos de ir recabando, precisamente en nuestras aguas más próximas, aquellos hallazgos que proporcionen pistas para avanzar; profundizando y reconociendo en ellos la importancia de la experiencia y la bizarría de aventurarse a hacer y a mostrar, que no a demostrar, sobre todo a sabiendas de que no son fáciles las maniobras si observamos bien el contexto en el que nuestras artes escénicas se expresan.

De ahí que este número de Papel Escena, dedicado a las Escrituras escénicas en su vasto espectro, abra sus páginas a la observación de experiencias y reflexiones de personas dedicadas al arte, la academia, la actuación, la dirección, la crítica, la performance y la realización visual, entre otras, que vuelcan la mirada sobre sí y sobre sus obras. Más que para dejarnos una herencia de certezas, para dejar sembrada una siempre viva inquietud, en un quehacer en el que una renovada brisa de sensibilidad debe soplar con la fuerza suficiente para apartar el peligro de las hecatombes que siempre se ciernen sobre la grey, valga decir: sobre quienes “gozan” aún soportando yugos. Porque en el arte, como tantas veces en la vida corriente, paradójicamente existen ‘confortables’ yugos que estancan, insensibilizan.

Cuidarnos de ellos es el intransferible papel de la crítica —no sólo de los críticos—: esa mirada atenta y aquilatada que, vuelta sobre nuestros pasos, nos ayuda a comprender la situación que como actores vivimos en nuestras presentaciones y representaciones —en el amplio sentido que hoy cobran estos términos—.

Asimismo, en éste número, dada la importancia que en el escenario artístico tuvieron y seguirán teniendo dos actrices de reconocidas ejecutorias: Yolanda García y Fanny Mikey, *Papel Escena* rinde homenaje a su memoria. Su dedicación y vitalidad al servicio del teatro así lo ameritan.

Como la suya, no es otra nuestra tarea que la de continuar, invitando a navegar sin temor, recobrando la voz de Antonio Machado en uno de sus valiosos Proverbios y cantares:

#### XLVII

Cuatro cosas tiene el hombre  
que no sirven en la mar:  
ancla, gobernalle y remos,  
y miedo de naufragar.